

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Gustavo Pérez Ramírez

(Bogotá, 1928 -)



Quito (Ecuador), 2 de julio de 2018. A media tarde, Gustavo Pérez Ramírez se detiene por un instante frente a una foto ampliada, colgada a modo de cuadro en su estudio de la avenida González Suárez. Se trata de un retrato: la imagen de una mujer indígena de los Llanos Orientales de Colombia, cuya mirada penetrante, con su mezcla de dolor y de resistencia, ha sido para él, durante más de 50 años, un recordatorio no solamente de los horrores que se vivieron en Planas (Meta) en 1970, sino también de la solidaridad que él asumió en respuesta a dicha situación sin prever el costo que tendría en su futuro.

Entonces Gustavo todavía era sacerdote. A inicios de agosto de ese año, a través del misionero Ignacio González, se había enterado de que los indígenas del Alto Vichada estaban siendo objeto de persecuciones, detenciones arbitrarias, torturas, desapariciones forzadas y asesinatos indiscriminados. Una intervención contrainsurgente por parte de la Séptima Brigada del Ejército para sofocar un levantamiento armado que tenía lugar en la región, pero rápidamente las operaciones militares habían dado paso a una cacería humana contra el común de la población indígena.

Gustavo creyó que no se podía quedar callado ante lo que estaba pasando y se convirtió en una especie de tribuno del pueblo, exigiendo que cesara la matanza y que se abrieran investigaciones contra los responsables de los operativos. Su voz convocó a dirigentes campesinos, como Francisco Verano, y a un grupo de

investigadores sociales que habrían de desempeñar un importante papel en las luchas indígenas de esa década: Víctor Daniel Bonilla, Gonzalo Castillo y Orlando Fals Borda, fundadores del Comité Pro Defensa del Indio y, más tarde, de la Rosca de Investigación Social. Desde un primer momento a Gustavo le quedó claro que lo que había de fondo era un proceso de despojo contra los “guahibos”, tal y como eran llamados en esa época los indígenas sikuaní de la Altillanura. Sus estudios sobre el problema de la tierra en Colombia agudizaron su mirada de sociólogo frente a la situación y no temió dirigir sus denuncias ante el aparato estatal que permitía que la colonización acabara con pueblos a su paso.

Con ayuda de Ignacio González, documentó Llano adentro las denuncias de los indígenas; se hizo eco de estas ante la prensa y las llevó ante al Congreso, durante un debate de control político, organizado por el senador Hernando Garavito Muñoz. A dicho evento fue citado el ministro de defensa de la época, quien, en rescate de la tropa y rechazando las acusaciones, señaló a Gustavo y a Ignacio como “pastores de chacales”, en una abierta declaración de guerra. Los acusadores, de repente, fueron convertidos en acusados y no pasó mucho tiempo antes de que el cerco del rechazo castrense hacia sus gestiones se hiciera sentir con toda su presión. La seguridad de ambos sacerdotes y de otras personas que se habían sumado a la difusión de las denuncias de los indígenas no tardó en verse comprometida. A la propaganda negra se añadieron calumnias a través de medios de comunicación cooptados por el aparato de prensa militar. Mientras sus más notorios representantes se ocupaban de otros debates, la jerarquía católica calló frente a los señalamientos, retirándole su respaldo a Pérez y a González.

A la sombra de los acontecimientos, se fue profundizando un conflicto de larga data entre ciertas posiciones oficiales del catolicismo y la conciencia de Gustavo. Marginado de la estructura eclesial por el arzobispo de Bogotá Aníbal Muñoz Duque y expuesto a la persecución política, el sociólogo consideró casi un regalo del cielo una oferta laboral venida de la ONU. Integrarse al departamento de población, con sede en Nueva York, le permitiría salvar su vida; pero también algo más importante para él en ese momento: mantener en alto, como bandera, la urgencia de buscar acciones eficaces para atender la crisis humanitaria que sufrían los indígenas de Planas. Por eso una de las primeras cosas que hizo al llegar a su nueva oficina, a inicios de 1972, fue colgar en un lugar bien visible la foto ampliada que habría de acompañarlo toda la vida como un llamado a la conciencia y un aviso para nunca olvidar su compromiso con ese pueblo.

El amor eficaz

El 15 de febrero de 1972, Gustavo le escribió al arzobispo de Bogotá para informarle que estaba preparado para decidir su situación frente a la Iglesia con toda autenticidad. Las conclusiones de un sínodo de obispos celebrado el año anterior, cuyo tema había sido la acción del clero a favor de la justicia, había establecido una clara frontera entre el activismo político y el sacerdocio. Esa mañana Gustavo había celebrado la eucaristía para recordar a su amigo Camilo Torres, muerto 6 años atrás, y había concluido una vez más que sus esfuerzos estaban de tal manera unidos a la

búsqueda de la liberación que no podía ya dar marcha atrás. Antes que abstenerse de colaborar en la lucha del pueblo, prefería abstenerse de ejercer el ministerio sacerdotal y a sí se lo comunicó serena y francamente a su superior.

Con papeles de ida y vuelta entre Nueva York y Bogotá, en las semanas siguientes se oficializó la decisión, mediando gestiones ante el Vaticano. Donde algunas personas vieron una ruptura con la institución religiosa, otras habrían de ver un acto de existencia, que daba continuidad a la fidelidad de Gustavo con convicciones largamente maduradas. Estas se remontaban a escenas de la vida familiar, después a sus años de seminarista y cobraron relieve con el tiempo en escenarios académicos y barriales; en la concentración del ejercicio intelectual y en la agitación de una vida pública que tempranamente lo llevó al corazón de los debates más urgentes de su tiempo.

“¿Qué te pasa?”, le había preguntado Gustavo a Camilo Torres un lejano día de septiembre de 1947. La vida del seminario parecía abrumarlo y, en ese momento, lejos de los demás, Camilo lucía taciturno y meditativo, como si no terminara de articular sus inquietudes con el proceso formativo. Pero las cosas dieron un vuelco. Fruto de su relación y de inquietudes compartidas, Gustavo y él se idearon la creación de un círculo de estudios sociales y la iniciativa rápidamente trajo consigo nuevos aires en la búsqueda de un lugar desde dónde afrontar la realidad, con su carga de complejidades y transformaciones. Pasó el tiempo. Gustavo fue enviado a Roma, para estudiar una licenciatura en ciencias sociales en la Gregoriana. Y años después se reencontró con Camilo en Bélgica, donde ambos llevarían a cabo su formación en sociología, bajo la influencia de François Houtart, a quien Camilo había conocido hacia 1954, durante una visita de Houtart a Bogotá, mientras Gustavo avanzaba sus estudios en Italia. Llegado el momento, una vez en Bélgica, Gustavo le pidió a Camilo que se lo presentara a la salida de la misa que se celebraba en la capilla principal de la Universidad Católica de Lovaina para dar inicio a los cursos de cada nuevo periodo y muchos años después todavía tendría fresco el recuerdo de ese instante. La imagen de Houtart se le vendría a la mente como el recuerdo de una persona amable y de fácil sonrisa que habría de convertirse en su mentor. “Eso fue muy importante, porque él nos orientó a Camilo y a mí”, añadiría, al explicar cómo Houtart los introdujo en un tipo de investigación en trato con los pobres, que sería definitiva en la vida de ambos.

A finales de la década de 1950, a su regreso a Bogotá, después de doctorarse, Gustavo emprendió con apoyo del cardenal Crisanto Luque la creación de un centro de estudios socio religiosos. La iniciativa recibió ayudas económicas conseguidas por Houtart, quien, además, vincularía a Gustavo a la Federación Internacional de Institutos de Investigaciones Sociales y Socio religiosas FERES, en condición de secretario para América Latina. Fue la antesala de la creación del Instituto Colombiano de Desarrollo Social ICODES, a partir de 1964: “un mundo para la ciencia y la investigación [...] con una visión muy exacta del país, sus problemas y sus necesidades”, en palabras de la periodista Lucy Nieto de Samper, quien en una nota para *El Tiempo* explicaría que la institución se ocupaba de toda clase de temas:

“demografía, educación, sociología rural y urbana, religión, condiciones de desarrollo, condiciones socio-económicas de los trabajadores de Colombia y Latinoamérica”.

Para Gustavo tuvo particular importancia reflexionar sobre la necesidad de una reforma agraria en Colombia. Un tema en el que coincidía con Camilo, ahora profesor de la Universidad Nacional, y materia de debate a la que ya se le oponía el rechazo de la clase terrateniente. Ciertamente, la disputa por la tierra estaba en el origen de multiplicidad de conflictos que se reproducían a lo largo y ancho del país, un fenómeno que los Gobiernos del Frente Nacional (1958-1974) intentaron sofocar a la fuerza. Fue el caso del proceso de resistencia campesina del Sur del Tolima, atacado por el Ejército ese mismo año de 1964, en lo que se llamó Operación Marquetalia: una intervención militar que Gustavo y Camilo, junto al entonces también sacerdote Germán Guzmán Campos, intentaron conjurar sin éxito y que habría de resultar determinante para el nacimiento de las FARC y el desarrollo de una larga historia de conflicto armado con muchos muertos por delante.

Las élites se aferraban al poder y no parecía haber caminos suficientes para el cambio. En su búsqueda por hacer eficaz el amor, Camilo dio vida al Frente Unido del Pueblo (1965). El movimiento tuvo como punto de partida una plataforma de tesis mínimas para un gobierno popular, a modo de llamado a la unidad de los sectores sociales opuestos al régimen. Si bien Gustavo coincidía con los temas de fondo, la formulación de dichas tesis no terminaba de convencerlo y así se lo hizo saber a su antiguo compañero de estudios con el ánimo de que este se ocupara de ellas con más detenimiento. Camilo no transigió y al poco tiempo, mientras el establecimiento cerraba filas en su contra, decidió unirse al ELN, apostándole a la toma del poder por medio de las armas. Una decisión que Gustavo tampoco compartió.

La muerte de su amigo en combate, a inicios de 1966, lo cuestionó profundamente. A sus ojos, Camilo había sido un hombre sincero y la admiración que le merecía nunca habría de estar en cuestión. Bajo el foco de la atención pública, un aura comenzó a rodear a Gustavo, muy tempranamente, en razón de su cercanía con aquel símbolo naciente del cristianismo rebelde en América Latina. Pero Gustavo había conocido al hombre, no al mito; y en trato con la memoria de Camilo enunciaría sus propias tesis sobre el papel del clero en la lucha por el cambio. “Considero que el sacerdote debe sumarse al proceso revolucionario. Ha llegado la hora de la verdad”, habría de reconocer, asediado por la prensa. “Hay que reaccionar contra la injusticia, es un proceso irreversible: estamos ante una situación de pecado colectivo. Pero la revolución debe desarrollarse sin derramamiento de sangre, porque el que pone los muertos es el pueblo. Esto no se puede hacer sino mediante un cambio de mentalidad y de un proceso de toma de conciencia”.

Justamente, en pos de un cambio de mentalidad y de un proceso de toma de conciencia dentro de la Iglesia Católica, Gustavo organizó el primer simposio sobre teología de la liberación y sociología de la dependencia en marzo de 1970, con el apoyo de Mike Colonese, funcionario del Programa Católico de Cooperación Interamericana CICOP. La actividad se llevó a cabo en el colegio María Auxiliadora de

Bogotá y durante sus palabras de bienvenida a los participantes Gustavo dijo enfático:

“Habiendo tomado consciencia de las injusticias que implica el sistema económico-capitalista y las formas de poder individualista que engendra, tanto en el orden político como en el orden social y económico, ¿puede la Iglesia sentirse libre de pecado, permaneciendo integrada en un sistema que oprime al hombre? [...] Vale la pena correr los riesgos porque, aunque nos equivocáramos, seguiremos siendo seres en devenir y Cristo seguirá siendo nuestro salvador y redentor [...] Lo que hacemos es una consecuencia lógica y proyección lineal de un Juan XXIII que abrió las ventanas de la Iglesia para airearla; de un Concilio Ecuménico que adoptó como metodología una visión antropológica a la luz de la teología y una interpretación de los signos de los tiempos y no la adaptación a esquemas preconcebidos [...] Es posible hacer este simposio porque estamos en una Iglesia postconciliar y post-Medellín”.

“La lucha continúa”

Cuatro meses después de nuestro encuentro en Quito, Gustavo fue homenajeado en Bogotá con ocasión de sus 90 años. La ceremonia, llevada a cabo el 16 de noviembre de 2018, en el Capitolio Nacional, fue organizada, entre otras personas, por Gloria Gaitán y el senador Alexander López Maya.

Desde Ecuador llegaron abundantes muestras de admiración por su trabajo como investigador asociado a la academia de historia de dicho país que hizo suyo, luego de una larga y satisfactoria carrera en la ONU. Entre las personas que tomaron la palabra durante el evento se encontraban Javier Giraldo, Fernando Torres y Enrique Santos Molano. Este último hizo referencia a “la vida asombrosamente fecunda y útil (de Gustavo) dentro del campo científico, humanístico, docente y de la investigación histórica, enmarcados en el ideal bolivariano de unidad latinoamericana a partir del conocimiento”. Fernando recordó la amistad entre Gustavo y Camilo, fruto de la cual nació “una de las más bellas biografías” del antiguo capellán de la Universidad Nacional, escrita por su antiguo compañero de seminario y de estudios en Bélgica. Y Javier se reconoció parte de la genealogía de cristianos que abrazaron la defensa de los derechos humanos inspirados, entre otras personas, en el antiguo director del ICODES.

En el mismo lugar donde casi 50 años atrás Gustavo había sido declarado enemigo público por las fuerzas del “orden” del último gobierno del Frente Nacional, el sociólogo recibió una conmovedora reivindicación histórica por parte de un nutrido grupo de admiradores, amigos y familiares. Durante su discurso, una vez más le vino a la mente la población nativa del Llano por la cual se jugó su suerte en los lejanos años de su juventud. Había en el tono de su voz la serena satisfacción de haber hecho con su vida lo que le había exigido su conciencia en el momento de la prueba:

“Este solemne acto estimula mis compromisos de lucha a favor de los derechos humanos, en especial de los indígenas de Planas, Meta. En 1970 fui recibido en el

Senado de la República, con algunos de ellos, a quienes acompañé para que expusieran sus denuncias en el sagrado recinto de la Vox Populi. Los asoció hoy a este acto —dijo Gustavo, cobrando aliento—. Cuando los conocí eran víctimas del despojo de sus tierras y sometidos a genocidio, según testimonio del padre Ignacio González, director de Caritas en Villavicencio, que pude confirmar, habiendo logrado entrevistar a algunos de ellos. Estaban siendo despojados de sus tierras para extracción del petróleo. Hoy la lucha indígena continúa”.

Termino de escribir estas líneas mientras el paro nacional suma 17 días de movilizaciones. A la estigmatización de la protesta social se ha sumado una represión inédita contra los manifestantes, registrada en video. Varias organizaciones denuncian más de 40 muertos a manos de la fuerza pública y cerca de 500 desaparecidos.

El domingo 9 de mayo de 2021, un grupo de indígenas movilizados en minga fueron tiroteados en Cali. El hecho dejó al menos ocho heridos y fue calificado por el columnista Julio César Londoño como una suerte de “safari”, uno de tantos episodios que en las últimas dos semanas componen el cuadro de la deriva autoritaria del Gobierno Duque criticado por el escritor, con imágenes virales en redes sociales que retratan la alianza entre traquetos y agentes del Estado en la capital del Valle.

Quienes por estos días, en el seno del catolicismo, se suman al movimiento en defensa de los derechos humanos tienen en personas como Gustavo Pérez un antecedente de compromiso. En tiempos de guerra fría, las antiguas cacerías de indígenas dieron paso a la persecución contra luchadores sociales como Ignacio González, tildado de “pastores de chacales” por los altos mandos militares. Hoy se extermina a líderes y firmantes del acuerdo de paz suscrito en 2016 y se reeditan diversas formas de genocidio que ha conocido el país.

En aquel movimiento de solidaridad en favor de los indígenas de Planas desarrollado en 1970, proceso en el que Gustavo desempeñó un papel crucial, tienen un referente quienes hoy se suman a las denuncias contra la represión. Que todos tengan, como él, una esperanza firme en la posibilidad de abrir caminos a la liberación. Que eso permita la vida: una esperanza contra toda esperanza.



www.kaired.org.co

Miguel Angel Estupiñán Medina
Teólogo, periodista, escritor
e-mail: maestupinanm@unal.edu.co
Bogotá, mayo 2021